

¡YA ES HORA DE DESPERTAR!

Dormidos. Así es como nos sorprende el Adviento sobresaltándonos con la urgencia de su aviso: “*¡Ya es hora de despertar del sueño!*” (Rom 13,11).

La advertencia nos desconcierta porque solemos ser unos extraños durmientes que ignoran serlo y que viven convencidos de estar despiertos, apegados a una existencia trivial, acomodados a un horizonte plano al que llamamos realismo, propensos a calificar de *sueños* y *utopías* a todo lo que lo desborda.

Pero las voces del Adviento son tercas e insistentes, se agolpan a las puertas de nuestra imaginación, se cuelan por las rendijas de nuestra memoria, invaden nuestra costumbre, zarandean nuestra instalación. Se empeñan en convencernos de que no pertenecen a ese mundo que calificamos despectivamente como “sueños” sino que son ellas (sus personajes, sus símbolos, sus imágenes, sus afirmaciones, sus promesas...), la verdadera “realidad”, por asombrosa que pueda parecernos: viene Dios, no está cansado de nosotros, le atrae este campamento algo caótico que es nuestro mundo, se nos acerca con cierta timidez, pide permiso para plantar su tienda junto a las nuestras. Será un vecino fácil, dice. No va a molestarnos, va a estar como uno de tantos, acostumbrándose a nosotros, dándonos tiempo para acostumbrarnos a él. No gritará ni instalará altavoces. Sólo, quizá, oigamos en la noche el llanto débil de un recién nacido.

Demasiado normal para ser divino. Demasiado humano este Dios que ya no truenas, ni divide las aguas del mar, ni hace llover maná. Nos asusta un poco tenerle tan

cercano y tan nuestro alcance, pasando junto a nosotros fríos y calores, sudores y trabajos, hombro con hombro a nuestro lado. Es un sueño, pensamos o, en todo caso, es una realidad anómala y desconcertante de la que es mejor evadirse.

Y nos echamos a dormir para soñar nuestros propios sueños

Los profetas del Adviento hablan nos envían “embajadores” encargados de abrir caminos a la gran noticia del Dios que llega y a la llamada apremiante de que nos abramos al misterio de su presencia: un monte al que confluyen todos los pueblos, lanzas que se convierten en podaderas, fieras salvajes amansadas y pastoreadas por un niño, desiertos que florecen... Al final aparecen rostros humanos: Juan Bautista, José, María y los lugares de pequeñez en que empezó todo: Belén, una cueva en la periferia, una aldea perdida de Galilea llamada Nazaret.

Ha irrumpido el tiempo definitivo, la noche en la que sólo a los pastores que estaban en vela les alcanzó la gran noticia y escucharon el nombre del que lo demás no era sino anticipo y sombra.

Y, a través de esos personajes, imágenes, noticias y llamadas, se nos ofrecerá la posibilidad de reconocer que ese *tiempo* es nuestro *tiempo*, que esos *lugares* nos pertenecen, que Dios sigue llegando para acampar a nuestro lado y que tiene un nombre humano: Jesús, Emmanuel, Dios con nosotros.

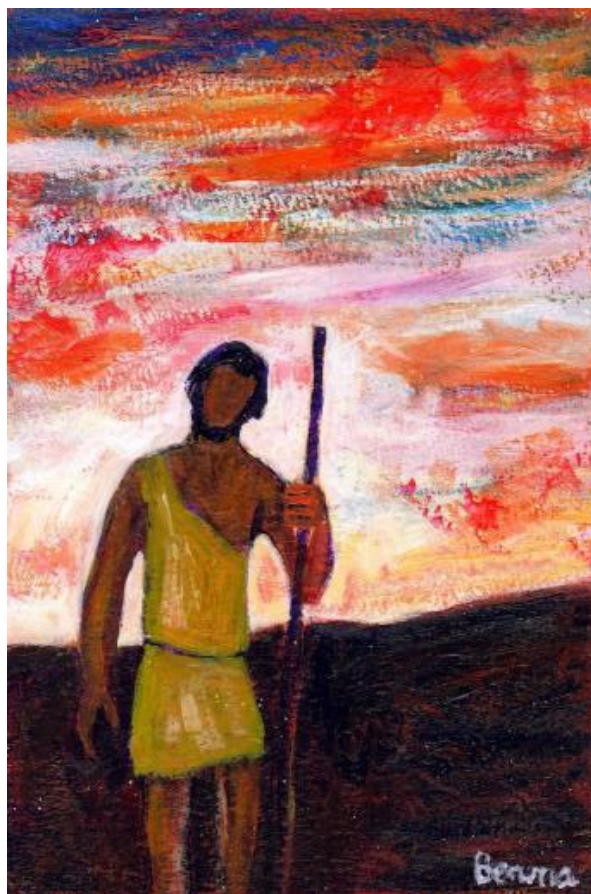


MARÍA, COMPAÑERA DE NUESTRO ADVIENTO

Todo lo que ocurre entre Dios y nosotros, tiene lugar siempre, como en el caso de María, en un *tiempo* (“al sexto mes...”) y en un espacio (“*una ciudad de Galilea*”). En cada momento concreto de nuestra vida, con sus circunstancias, problemas, búsquedas o desconciertos, la iniciativa la tiene siempre Dios y es una iniciativa “agraciante” y movilizadora, una noticia que siempre nos sorprende porque nos parece demasiado buena. Más allá de lo que solemos esperar de Él, no reclama, ni exige, ni impone sino que invita: “Alégrate”. Es una llamada apremiante a salir del temor, a adentrarnos en el gozo, a darnos por enterados de cuál es nuestro verdadero nombre, de cómo somos mirados por Él, de cómo nos reconoce: aunque “en talla pequeña”, cada uno de nosotros está también “lleno de gracia”, puede estar orgulloso de ese nombre y repetir con asombro: a Dios le gusto tal como soy.

Imaginemos que nos ponemos a buscar a Dios con Google Maps: el texto de la Anunciación nos hace descubrir que el globito rojo y parpadeante que señala su presencia (Aquí, aquí está...), coincide con alegría, con pérdida de miedos, con la noticia liberadora de que “le caemos bien”, con la invitación a acoger a Jesús en el seno de nuestra vida, a aceptar esta preciosa vocación a ensancharnos, a desplegarlos, a volvernos fecundos, a decir: Sí, aquí estoy, de acuerdo, como tú quieras...

Viaja interiormente a Nazaret, entra en casa de María, siéntate en una sillita baja junto a ella y pronuncia su nombre. Deja que ella te explique que eso de “la Inmaculada” es lo mismo que decir la Íntegra, la Coherente, la Cabal, la Auténtica, la Leal, la Siempre Conectada con Dios y consigo misma ... Elige alguno de esos nombres para que sea el rumor que te acompañe en el camino de este Adviento.



JUAN, EL DANZANTE

Lo primero que sabemos sobre Juan Bautista es que dio brincos de alegría en el vientre de su madre y ese dato de su etapa fetal dice mucho tanto de su personalidad como el de su actividad de precursor de Jesús

Hay una frase del Maestro Eckhart, un místico con la que presiento hubiera estado muy de acuerdo Juan de haberla conocido: *"Hablando en hipérbole, cuando el Padre le ríe al Hijo, y el Hijo le responde riendo al Padre, esa risa causa placer, ese placer causa gozo, ese gozo engendra amor y ese amor da origen a las personas de la Trinidad de las cuales una es el Espíritu Santo"*. Asociamos con total naturalidad al comportamiento eclesial lo serio, lo grave, lo solemne y lo circunspecto y se nos llena la boca con los términos "sacrosanto", "sagrado", "digno" y "venerable" como si se diera por descontado que todo eso le es más agradable a Dios que la alegría, la jovialidad, la frescura, la risa y el humor. Y sin embargo, de alguien tan respetable en la tradición cristiana como Juan, lo primero que sabemos es que hacía algo tan gozoso, libre y espontáneo como bailar en el poco espacio que tenía disponible en aquel momento.

¿No podríamos deducir que era "Precursor" de Jesús también en esto? ¿No estaba abriendo el espacio para que irrumpiera por los caminos de Galilea la ráfaga de su libertad, su alegría de vivir en la presencia de su Padre, su capacidad de demostrar ternura, de hacerse amigos, de disfrutar comiendo y bebiendo en compañía?

Su llegada divide en dos la historia de la humanidad y, dentro de ella, la de Israel. Juan Bautista pertenece a la primera etapa, simbolizada en el tiempo anterior a la entrada en la tierra prometida. Ahora, la presencia de Jesús y el anuncio de su Reino se han convertido en la verdadera tierra prometida y todo aquel que lo acoja, es más grande

que el Bautista porque se le ha concedido (se nos ha concedido...) vivir ya el tiempo del cumplimiento de las promesas.

La vida de Juan solo tuvo un sentido: ir delante de él preparándole el camino. ¿No somos también nosotros un pequeño “Juan Bautista”, encargado de allanar caminos para que otros puedan conocer a Jesús?



VISITACIONES

En la visitación de María a Isabel contemplamos a dos mujeres portadoras de un misterio de vida, habitadas por una vida en semilla. Las dos han estado atentas: María a la noticia de que Isabel, la estéril, espera un hijo; Isabel, a la voz de María, a la vida invisible que lleva dentro. Las dos van más allá de ellas mismas: María sale de Galilea; Isabel va más allá de lo que ve: llama a María “Madre de mi Señor” Cada una da, recibe y aprende de la otra: María, su saludo y su servicio; Isabel, su bendición, su proclamación de felicidad. Cada una lleva a la otra más allá de sí misma: María provoca la fe de Isabel y que se llene de Espíritu Santo; Isabel provoca a María para que cante el Magnificat. El clima de la escena está lleno de gozo, de presencia del Espíritu, de alabanza: “Proclama mi alma la grandeza del Señor...”

María visita a Isabel cuando “estaba en casa”
Tomar conciencia de nuestro “estar en casa”, de si habitamos y estamos presentes a lo que hoy vivimos, en la situación en que estamos. No huir de la realidad, ni disfrazarla ni negarla...Aquí y ahora “es nuestra casa”.

Preguntarnos: la puerta de mi vida ¿está abierta o cerrada?

María sale de su casa de Nazaret, se pone en camino y atraviesa montañas para dirigirse hacia Isabel. Como ella estamos llamados a ser “visitadores” de otros, a hacernos servidores de los demás y cercanos a sus problemas
Poner nombre a nuestras dificultades a la hora de salir de “nuestro territorio” para relacionarnos con los demás

¿Hay alguna montaña relacional que nos separa de alguien?

Isabel descubre a María como portadora de un misterio de vida que se va gestando en su interior. Reconocer las “visitaciones” que recibimos y que son portadoras de Jesús aunque de forma escondida. Dedicar un tiempo a reconocer y agradecer la vida secreta que está presente en las personas con las que nos relacionamos.

Agradecer también la vida de la que somos portadores

María en su Magnificat ensancha nuestro horizonte de fe y nos invita a mirar el mundo con la mirada de Dios. No se evade a un mundo espiritual ajeno a la realidad sino que contempla la acción de Dios en medio de la densidad ambigua de las relaciones sociales, políticas y económicas.

Pedir a María que nos contagie la preferencia de Dios por aquellos que están “fuera” y “abajo”. Discurrir con ella maneras concretas de ponernos a su servicio